

llos que sólo tienen esta palabra en sus labios: ¡Paz!, ¡cuando la paz no existe, y curan tus llagas burlándose de ti! <sup>(1)</sup> No les responderás tú como Job: Frecuentemente oí ese lenguaje; todos sois onerosos consoladores. <sup>(2)</sup> ¿Puedes tener esperanza de que jamás te curen, ellos que no conocen dónde radican tus sufrimientos, y que no quieren conocerlo? No quieres entregarte confiadamente en manos de los que no te adulan, verdad es, pero ¿te dicen donde está la causa del mal?

Esta advertencia puede serte útil; tal vez te será difícil prescindir de tus prejuicios, de tu arraigada desconfianza hacia los maestros del Cristianismo que te prometen una curación segura, pero ponen como primera condición el conocimiento de lo grave que es la enfermedad.

¿Será, pues, tan profundo el mal? Si lo asegurasen ellos solos, podrías aún dudar; sin embargo, si no los crees, por lo menos cree á los que te advierten por su propia experiencia. ¡Qué grave, qué vergonzoso, qué horrible es el pecado! Sí, lo es, aunque los más audaces lo nieguen con el miedo «de un lobo que huye en silencio, con las orejas gachas, después de cometer á hurtadillas una maldad». <sup>(3)</sup>

Que huyan, pues, tan lejos como puedan; que nieguen lo que quieran. Cuánto mayor es su ansiedad, más claro es. ¡Su terror parece quitarnos á todos esta advertencia! Si has mostrado que eras hombre, confiesa como tal tu falta; si las cometiste, confiesa que eres tú el autor; pero no tienes el derecho de hacer lo que no te atreves á confesar, y no debes dejar que viva en esa presión tu conciencia.

(1) Jeremías, VI, 14.

(2) Job, XVI, 2.

(3) El Tasso, *La Jerusalén libertada*, (Gries) XII, 51.

## CONFERENCIA VIII

### GLORIFICACIÓN DE LA SANA SENSUALIDAD

#### 1. El hombre en el pozo, imagen del hombre.—

Todos conocemos por Rücker esa parábola oriental, de tan profundo sentido que, desde hace siglos, pasó á formar parte de las leyendas de todos los pueblos: <sup>(1)</sup> el relato del hombre en el pozo. <sup>(2)</sup> Perseguido por un elefante furioso el pobre hombre se salvó en una honda cisterna; sus manos se asían á las ramas de un débil arbusto, sus pies se apoyaban en una estrecha faja de césped que había crecido entre las piedras. Cuando sus ojos se fueron habituando á la dudosa luz de la cisterna, miró en torno suyo; pero ¿quien podría describir su terror! Dos ratas, la una blanca, negra la otra, roían las raíces del arbusto; cuando una se fatigaba, reanudaba la otra su tarea. Unos gusanos minaban asiduamente el césped, y abajo se retorcía un dragón horrible. El monstruo abría su boca ávida, tendía hacia él su largo cuello y arriba estaba el elefante, aguardando su presa, introduciendo su trompa en el pozo. Aquel desdichado se veía ya en las garras de la muerte. Está perdido, como la caza que cayó en los lazos del cazador. La esperanza abandona su corazón; quedan privados de todo consuelo sus ojos, y dice adiós á la vida.

Así pensaría el hombre si fuese como debiera ser; pero si se le toma tal como es, nadie se asombrará de que el relato continúa del siguiente modo: En esa triste situación, el desgraciado vió que de las ramas del arbusto destilaba

(1) Grimm, *Deutsche Mythologie* (4 Aufl. von Merger, 1876), II. Simrock, *Deutsche Mythologie* (2 Aufl. 1864), 42.

(2) Fr. Rückert, *Parabeln* 1 (*G. W.*, 1882, IV, 303).

como una dulce resina, y olvidó inmediatamente su suerte. Incapaz de resistir el escaso goce que se le ofrecía, tendió la mano para recoger algunas gotas de la resina seductora. Olvida el temor y la muerte ante la perspectiva del placer de un momento; un pequeño goce compensa las mayores amarguras.

He ahí el hombre. Sabe que está prendido en las redes de la muerte, y no teme desdeñar su vida por una gota de dulzura. Compadescámosle, menos á causa del peligro, que por la insustancialidad que le hace olvidar el peligro; pero confesamos que no le comprendemos.

**2. El hombre bajo la influencia de la sensualidad es incomprensible para sí mismo.**—No es para asombrarse, pues el hombre mismo no se comprende. Todos los filósofos, menos algunos de muy bajos sentimientos, están de acuerdo en que el placer sensual es tan dañoso á la naturaleza física del hombre como indigno de su espíritu. No vacilan en llamarla locura de la peor especie, y la más peligrosa de las enfermedades. <sup>(1)</sup> No obstante eso, cuenta muchos cautivos que se consideran como espíritus elevados y son tenidos por tales. «Sus hechos, dice Aristóteles, <sup>(2)</sup> producen vergüenza, no sólo cuando se ajecutan, sino cuando se habla de ellos». Y todas las producciones de nuestros poetas están llenas de alabanzas en loor suyo, absolutamente como si no hubiese otros asuntos que pudieran entusiasmarlos y fuesen los lectores incapaces de gustar de otras satisfacciones. Todos dicen como Séneca: «El placer de los sentidos infectó el mundo con su dulce veneno y se hizo cada vez más fuerte mediante el progreso del tiempo y del error». <sup>(3)</sup> Todos están conformes con Cicerón, <sup>(4)</sup> diciendo que nadie merece la denominación de hombre si pasa un solo día en los placeres carnales, y con Eudemo, <sup>(5)</sup> quien pretende que sólo una alma vulgar puede apetecer esa vida. Sin

(1) Platón, *Rep.*, 3, 12, p. 403, a.

(2) Aristóteles, *Rhetor.*, 2, 6, 21.

(3) Séneca, *Octavia*, 2, 426 y sig.

(4) Cicerón, *De finibus*, 2, 34, 114.

(5) Eudemo, 1, 5, 5.

embargo, la mayor parte de los hombres, no sólo esclavos, sino hombres libres, hombres instruídos, sabios, personas inteligentes y de elevado rango, agotan su vida entera al servicio de esa pasión degradante. Nadie podría negarse á aprobar las palabras de Platón; que la victoria alcanzada contra los instintos sensuales es la más noble de las victorias. <sup>(1)</sup> ¡Y cuán pocos son los que la alcanzan! ¡Cuán pocos los que ni siquiera la desean!

Debiéramos avengorarnos de la humanidad, ó para hablar más sinceramente, avergonzarnos de nosotros mismos, si reflexionásemos un solo instante en lo que la sensualidad hace de nosotros. Acabamos de jurar con lágrimas en los ojos no ceder jamás á su influjo, y el resultado es que al cabo de un momento tendemos hacia ella con todas nuestras fuerzas. Sabe llenarnos de placer y de deseos, antes de subyugarnos de tal suerte que creemos no poder resistirla. Apenas aprendimos á conocerla, se nos hace intolerable hasta el pensar en ella. <sup>(2)</sup> ¿Quiere abandonarnos? Pues la llamamos para comenzar de nuevo el antiguo é indigno juego. El disgusto y el placer, la pena y el goce se hallan tan cerca en esta materia, que oscilamos constantemente entre ellos.

Al principio, revolución enérgica; inmediatamente después, debilidad imperdonable, luego, cólera contra nosotros mismos, después, nuevo encanto, nuevo disgusto, nueva pena, nuevo arrepentimiento, y nueva caída. Tal es nuestra vida. <sup>(3)</sup> Sí, el hombre que obedece al dominador cetro de la sensualidad es para sí mismo el mayor enigma.

**3. Triple corrupción que el pecado ha introducido en el hombre.**—Es una deformidad que debemos al pecado, al pecado original y al pecado personal. Es inútil tratar de negar esto ó querer paliarlo. Todos somos hombres, y bastante sabemos lo que hay en el hombre para considerar que no es sincero quien lo niegue.

(1) Platón, *Leges*, 8, 7, p. 480, c.

(2) Agustín, *Sermo* 339, 5.

(3) Agustín, *Conf.*, 8, 11, 25, 26. Gregorio Magno, *Moral.*, 4, 68.

Para describir nuestra situación real, ninguna comparación mejor que una travesía tempestuosa. Traqueteados por los vientos y por las olas, incapaces de dar un paso seguro y tranquilo, temiendo ser anegados á cada momento; de ese modo proseguimos nuestra ruta. Los costados del navío se bambolean, inclinándose tan pronto á la derecha como á la izquierda, subiendo y bajando, como si traicionablemente hubiesen pactado una alianza con las olas enfurecidas. Así procede nuestra naturaleza sensible, con la cual hacemos nuestro viaje á través de la vida; pero sucede también frecuentemente que el timón, la voluntad, oscila de un modo que da en qué pensar y parece rehusarnos sus servicios; aun la inteligencia, nuestra brújula, se descompone algunas veces.

**4. Corrupción de la inteligencia.**—Una triple corrupción se introdujo en nosotros con el pecado; excitación de la sensualidad, debilitación de la voluntad y oscurecimiento de la razón.

Este último es el menor de esos males. La razón es relativamente la más indemne en esa corrupción; nunca es capaz de negar de un modo completo y durable lo que es justo y bueno.

Sin embargo, ¡cuántas veces se equivoca también en las cuestiones más graves, unas veces por culpa propia, otras por no saber más! Para los tártaros, derramar leche es un crimen que sólo la muerte puede expiar. <sup>(1)</sup> Por el contrario, derramar á torrentes la sangre humana no es absolutamente nada á sus ojos. Entre los Kamtschadales, coger de otro modo que con los dedos un leño encendido, <sup>(2)</sup> ó bien quitar la nieve de los zapatos con un cuchillo, es el mayor pecado que se puede cometer. <sup>(3)</sup> Un verdadero wahabit no conoce más pecados que el sherk, es decir, la idolatría y la bebida vergonzosa, ó en otros términos, el

(1) Juan de Plan Carpin, *Voyage en Tartarie*, art. 3. Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, I, 222.

(2) Peschel, *Voelkerkunde* (1, Aufl. 1874), 435.

(3) Wuttke. *loc. cit.*, I, 164.

humo del tabaco. Á la pregunta de si hay más pecados mortales, y qué opina del homicidio, del falso testimonio y de la inmoralidad, contesta lleno de confianza que Dios es clemente y misericordioso. <sup>(1)</sup> Para buenos fines, para restablecer la paz entre la mujer y el marido, ó entre enemigos, Mahoma, no sólo permitió la mentira, sino que hasta la ordenó; por eso los árabes, como los persas, se distinguen en su habilidad para mentir. Sólo que la mentira debe decirse con un propósito deliberado; cuando no lo hacen así, los egipcios piden inmediatamente perdón á Dios, y revocan lo que han dicho, porque, añaden, Dios todo lo sabe. <sup>(2)</sup>

Estos hechos y otros semejantes prueban suficientemente á qué grado de oscurecimiento puede llegar el pensamiento humano, aun en las cosas más sencillas.

Sin duda puede hacérsenos la objeción de que hemos hablado de pueblos, cuyo grado de civilización es tan bajo, que explica fácilmente esos extravíos; pero si quisiéramos coleccionar los errores en que incurrieron las personas instruidas en los tiempos antiguos y en los modernos, tendríamos que registrar faltas peores aún. El mismo Sócrates permite la mentira en la educación, <sup>(3)</sup> como un remedio excelente, y cuando se trata de ocultar una mala acción. La recomienda también en la política, como utilísima para engañar á los enemigos, ó para hacer que los ciudadanos acepten una prescripción saludable; pero en su entender, aun en este caso, no deberían mentir los que no tuvieren experiencia en la mentira. <sup>(4)</sup> Es muy oportuno mentir, dice también, al tratar de casarse; <sup>(5)</sup> por el contrario, se debería castigar severamente en los médicos, los artesanos, y especialmente en los que dicen la buena ventura. <sup>(6)</sup> Tales pueden ser los extravíos de la inteligencia.

(1) Palgrave, *Reise in Arabien* (Leipzig, 1868), II, 8 (11).

(2) Lane, *Sitten und Gebräuche heutigen Ägypter*, (2) II, 135.

(3) Platón, *Rep.*, 5, 8, p. 459, d.

(4) Platón, *Rep.*, 3, 3, p. 389, b. c.; c. 21; p. 414, c. d.

(5) *Ibid.*, 5, 8, p. 459, d.

(6) *Ibid.*, 3, 3, p. 389, d.

en espíritus bien dotados, y que aspiran honradamente á la verdad. Pero la obra que contiene esos errores ofrece tantos ejemplos que atestiguan cómo pensadores é investigadores se apartan frecuentemente de la verdad é inducen á los otros á error, que sería inútil hacer mayor número de citas.

**5. Corrupción de la voluntad y del corazón.**—Si la cabeza cae en corrupción tal, el corazón caerá aún más fácilmente.

Todos sabemos por experiencia propia que en la mayor parte de los casos obramos mal, no tanto por defectos de la inteligencia, como de la voluntad. Muy á menudo le es fácil á nuestra inteligencia justificarse ante la voluntad culpable, porque antes había sido ya ésta convenientemente advertida por aquélla; pero la voluntad para nada tuvo en cuenta el aviso. ¿Qué responderá la voluntad á esos reproches? Nada que pueda eximirla de responsabilidad. Á lo más podrá presentar como excusa que también reina en ella corrupción profunda, aun más que en la inteligencia, lo cual no es ciertamente una justificación, pero es á lo menos verdad.

Sí, la voluntad cayó muy bajo, sufriendo terrible deterioro. ¿Qué abismo se abre ante nosotros cuando contemplamos á los Césares romanos! Nerón, el matador de su madre, sólo halló una criatura para la cual tuviese sentimientos humanos, que fué Popea Sabina, y aun á esa la mató de un puntapié. <sup>(1)</sup>

Cuando todas las crueldades inventadas por los antiguos tiranos estuvieron agotadas, inventó un género de suplicio completamente nuevo: tenía á su servicio un egipcio, á quien ordenaba que hiciese pedazos y devorase á las víctimas de su rabia. <sup>(2)</sup> Calígula no sabía testimoniar á su esposa la ternura que por ella sentía mejor que con estas palabras: ¡Hermosa cabeza! pero también caería tan pronto como yo lo ordenara. <sup>(3)</sup> Reconoció que su hija, muy

(1) Dio Cassio, 62, 27. Tácito, *Annal.*, 16, 6.

(2) Suetonio, *Nero*, 37.

(3) Suetonio, *Calígula*, 33.

niña aun, era suya en que arañaba con las uñas, hasta verter sangre, á sus compañeras de juego. <sup>(1)</sup>

¿A qué invocar estos ejemplos? ¿No se trata de hombres excepcionales? Sí, pero la humanidad los honró como dioses. El singular salvajismo de su corazón les conquistó la admiración universal: en ellos, pues, vemos lo mucho de que es capaz la naturaleza humana.

No obstante eso, hombres hay en quienes se puede conocer mejor todavía la corrupción que se apoderó de nuestra voluntad. Nos referimos á nuestros santos. Claro está que la voluntad de Tiberio y de Domiciano, esos hombres á la vez cobardes y crueles, realizaron hechos que se creería no poder encontrar sino entre las serpientes y los tigres; pero un abismo insondable se abre ante nosotros cuando un San Agustín dice de sí mismo estas palabras: «Me parece que soy un monstruo. El espíritu da órdenes al brazo, y éste obedece en el instante mismo; pero cuando el espíritu se da órdenes á sí propio, encuentra resistencia. ¿De dónde procede esta anomalía? Es cierto que no mandaría si no quisiese, y de querer, obedecería ciertamente, pues la voluntad se manda á sí misma y no á un extraño. Pero si ella fuese lo que debería ser, no tendría necesidad de mandarse, pues sería ya lo que quiere ser; y si toda la voluntad mandase y de veras quisiera, entonces querría lo que mandaba. Hay, pues, en mí dos voluntades y ninguna de ellas está completa». <sup>(2)</sup>

¿No se reconoce cada uno de nosotros en ese retrato? ¿No podríamos decir que esas palabras nos ponen ante los ojos un espejo al que no podemos mirarnos sin lanzar un profundo suspiro?

**6. Cuán profunda y general es la corrupción de la sensualidad.**—Hemos llegado ya á buscar, con la sonda del médico, el punto en que reside el mal, enigma de toda nuestra vida. No incurramos en el defecto de aquellos médicos que, por ignorancia ó por mal entendida compasión

(1) Suetonio, *Ibid.*, 25.

(2) Agustín, *Conf.*, 8, 9, 22. Cf. Epictet., D. 2, 26, 1, 4.

á sus enfermos, se contentan con poner apresuradamente mano en un síntoma superficial cualquiera de la dolencia: un médico demasiado blando, dice el proverbio, hace llagas que se pudren. <sup>(1)</sup> Si no encontramos la residencia del mal, no hay que pensar en la curación; es segura la muerte.

Y sucumbiríamos, si no fijáramos la atención en ese terreno donde todas nuestras fiebres y todas nuestras erupciones chupan los jugos más dañinos, es decir, en la sensualidad corrompida. Allí se manifiesta mejor la corrupción humana; allí se venga, por la mayor debilidad y como tiene merecido, la loca prodigalidad con que han pecado los hombres.

La profunda miseria que penetró nuestra naturaleza se echa de ver en que es casi imposible hablar de ello, pues quien haya conservado alguna delicadeza, se estremece de dolor sólo con levantar el velo que cubre esa llaga. Siente pena, se avergüenza, y se confunde á poco que de ello se hable.

Si por esto debe usarse de mucha precaución al tratar esa materia, con más razón aun á causa de los que, desgraciadamente, parece que han perdido todo sentimiento de pudor: nada les agrada tanto como oír hablar de esa vergüenza de nuestra generación; tienen en ella singular gozo, su corazón palpita con más fuerza cuando se les recuerda, como aquel que después de larga ausencia pone de nuevo el pie en el suelo inolvidable de la patria. En tanto que los hombres más nobles se lamentan del incentivo de la carne y del placer, señalándolo como la mayor corrupción de la juventud, como el peligro constante de la edad madura, como la ruina del corazón humano, como el enemigo de la razón, <sup>(2)</sup> y dicen que se debe vivir en guardia contra ese harpón con que el vicio agarra aun á los mejores y á los más fuertes; <sup>(3)</sup> otro no teme decir, y no se le cuenta

(1) Koerte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 391.

(2) Aristóteles, *Eth.*, 7, 11, (12) 4, 5. Cicerón, *Senect.*, 12, 39.

(3) Cicerón, *loc. cit.*, 13, 44 según Platón, *Timæus*, 31, p. 69, d. cf. Agustín, *Contra Julian.*, 4, 13, 72; 15, 77.

entre los espíritus más bajos, ni mucho menos, que prefiere á todo el placer, que por otra parte es una superabundante compensación de la muerte, de las heridas, del trabajo y de los innumerables infortunios. <sup>(1)</sup>

Si un filósofo de relativa importancia habla así, no hay que asombrarse de que la muchedumbre de espíritus vulgares no conozca felicidad mayor que el placer sensual: en modo alguno les sorprende que alguien diga con Leopoldo Schefer que nada hay superior á la carne y á la sangre; <sup>(2)</sup> por el contrario, no se ocultan para decir que la vida no tiene encanto para ellos, que está vacío el mundo, la poesía carece de valor, y de interés el arte, si no tienen en cuenta el placer sensual.

Que se confiese ó no, éste constituye casi la única escala en que pueden medirse los productos de la civilización. Sólo pueden esperar ser admirados el arte y la poesía que se rebajan hasta favorecer la sensualidad; en otro caso se los desdeña como enojosos y necios. Los teatros, las representaciones públicas, las fiestas, los placeres, todo se pone al servicio de esa diosa; su espíritu da el tono á la conversación y á las relaciones sociales; de él procedió esa deificación del sexo femenino, que es el rasgo característico de la galantería extremada y el centro de todas las relaciones, tanto en nuestra literatura como en las que se llaman clases instruidas. <sup>(3)</sup>

Por todas partes se encuentra la sensualidad mal disimulada, y medios hábilmente graduados para procurarle satisfacción; únicamente se desprecia como groseros á los hombres vulgares que claramente lo confiesan y van derechos á su objeto. Es más distinguido velar artificiosamente sus designios y hacer más sinuosas las vías para alcanzar con más seguridad el mismo fin, ó para gozar más largo tiempo. El vulgo se precipita con la cabeza baja en los placeres cuando se presenta la ocasión, aun á riesgo de

(1) Máximo Tyr., 3, 6.

(2) Leopold Schefer, *G. W.*, I, 303.

(3) Bleibtreu, *Psychologie der Zukunft*, 247, 257.